CAPÍTULO XV.

Jesucristo y María nos dieron á luz en el Calvario á la vida de la gracia, así como Adan y Eva en el paraíso terrenal nos engendraron para el pecado. Cumplimiento de la profecía de Isaías, que anunciaba que una mujer daria á luz á todo un pueblo. Explicacion de la palabra Eva. Cuando Adan dió á Eva, despues de su pecado, el título de madre de los vivientes, se refirió principalmente á María; este título tuvo en Ella toda su realidad. El nombre de Eva, tomado literalmente, es tambien una figura y una profecía de las palabras que Jesus dirigió á María desde la cruz. Deberes que resultan para los cristianos del misterio que se ha expuesto y explicado en esta obra.

¡Cuán grandes y sublimes, cuán preciosos y tiernos son los misterios del Calvario! Jesucristo está en la cruz, y por los tormentos inauditos que padece en ella, por la muerte ignominiosa y cruel que sufre, destruye al hombre viejo, al hombre de pecado, al hombre condenado á la reprobacion y á la muerte, borrando con su sangre el funesto decreto que le condenaba; de este modo prepara en su próxima resurreccion una reforma completa, una creacion nueva y misteriosa del hombre (1). Nuestra salvacion procede, pues, de sus enfermedades y de sus tormentos, y nuestra vida de su muerte. El nos engendra en su cruz, nos prepara para un nacimiento nuevo, nos anima, nos vivifica, nos hace entrar en un nuevo órden de providencia y de gracia,

(1) Sed nova creatura. (Galat., vi, 15.)

y nos incorpora á una nueva naturaleza, justa con su justicia, santa con su santidad y gloriosa con su gloria; y así como todos morimos en Adan y con Adan junto al árbol fatal de la ciencia, todos tambien renacemos á la vida en Jesucristo sobre el árbol precioso de la cruz (1).

Pero debemos observar que esta sangre purísima, que, derramada sobre la tierra, hace germinar, como nuevas plantas, hijos de Dios; que esta carne inocente, que, sin ser contaminada por el pecado, representa todos los pecadores, porque es semejante á la carne de pecado, en la que el pecado ha sido condenado y destruido; que este cuerpo santísimo, en el que nuestro viejo hombre es crucificado, expía el pecado, destruye la condenacion y hace abolir el decreto de muerte; que esta humanidad augusta, en la que todos los hombres experimentan los efectos de la maldicion, para ser bendecidos de nuevo, y mueren, para renacer á una nueva vida; debemos, repito, observar que esta sangre, esta carne, este cuerpo y esta humanidad pertenecen de una manera particular y propia á María. Le pertenecen, en primer lugar, porque, como dice San Agustin y el venerable Beda, el Verbo divino no tomó su carne humana sino de la carne y de la sangre de María (2). En segundo lugar, porque la recibió de Ma-

⁽¹⁾ Sicut in Adan omnes moriantur, ita et in Christo omnes vivificabuntur. (I Cor., xv, 22.)

⁽²⁾ Caro Christi, caro Mariæ. (S. Aug.) Carnem non aliunde, sed materna traxit ex carne. (V. Bed.)

ría sin mezcla alguna de carne extraña. En tercer lugar, porque María se la dió voluntariamente, cuando se le pidió su consentimiento para la encarnacion, y Ella se ofreció con prontitud á suministrar al Verbo de Dios una carne tomada de la suya propia, para que sirviese de víctima en la cruz. María, por consiguiente, no sólo padece con Jesucristo, es crucificada y muere con El, porque el amor hace comunes á la madre, y principalmente á la Madre tal, los padecimientos y la muerte del hijo, y sobre todo de tal Hijo, sino tambien porque este cuerpo, en el que Jesucristo sufre los tormentos y la muerte, es todo de María; por esta razon todos los misterios que se realizan en este cuerpo son comunes á los dos.

Es cierto que todo el mérito del sacrificio de la cruz por nuestra salvacion procede de que esta carne, verdaderamente humana, está sustancialmente unida en Jesucristo á la Persona divina del Verbo, y que en El y por El es elevada, ennoblecida y hecha capaz, en la fragilidad humana, de dar una satisfaccion de un valor infinito, digna, por lo tanto, de Dios.

Pero si en cuanto á la grandeza del mérito, la Persona del Verbo lo es todo en la ofrenda de este sacrificio, la humanidad, en la cual se ofrece, lo es todo en cuanto á su cumplimiento exterior. Pues bien, esta humanidad es el fruto de las entrañas de María; Ella la alimentó con su leche, Ella la dió voluntariamente y la ofreció para la cruz por su conformidad y su obediencia; la generacion espiritual que se obra por esta

carne divina se remonta, por consiguiente, hasta Jesusucristo, y al mismo tiempo hasta María: hasta Jesucristo, que ofrece el sacrificio y le da un valor infinito, y hasta María, que fué la que suministró la víctima.

En el paraíso terrenal Adan pecó más gravemente que Eva; él pecó en cualidad de cabeza y padre de toda nuestra especie; su pecado es, pues, el que se trasmite á todos los hombres. Mas este pecado, que todos cometimos en Adan, que todos recibimos de Adan, lo consumó el primer hombre en una fruta que Eva habia cogido, que Eva llevó, que Eva ofreció á su malhadado esposo, persuadiéndole que la comiese (1), y por lo mismo, el pecado de Adan es tambien el de Eva. Aunque el pecado de Adan sea propiamente el que nos causa la muerte (2), esta muerte, sin embargo, procede de la cooperacion y de las manos de Eva. Ved aquí por qué Jesucristo padece en el Calvario más que María; y como El padeció en cualidad de cabeza y de padre de la nueva raza que debia nacer de El, en cualidad de una Cabeza y de un Padre que es al mismo tiempo Dios, se nos comunica por lo mismo su justicia. Mas esta justicia, que hemos obtenido en Jesucristo y que recibimos de Jesucristo, la mereció El mismo en la carne que María le suministró, le ofreció y le dió voluntariamente. Por esta razon el sacrificio de Jesucristo es tambien el de María. Y aunque solo Jesu-

⁽¹⁾ Tulit... deditque viro suo, qui comedit. (Genes., III, 6.)

⁽²⁾ In quo omnes moriuntur. (I Cor., xv, 22.)

cristo sea propiamente el que nos engendra y nos vivifica (1), sin embargo, esta vida nos viene tambien por la cooperación y por las manos de María.

Mas ¿qué hace María en el Calvario, en pié é inmóvil junto á la cruz? ¡Ay! Ella participa de los sufrimientos y de la generacion misteriosa de Jesucristo; en El y con El, dice San Bernardo, en la inmensidad de su dolor y en medio de los horrores y de las angustias de la muerte, nos da á luz para la vida (2).

Así, pues, Adan en el misterio de iniquidad que nos da la muerte tiene una compañera, y Jesucristo tiene otra Compañera en el misterio de gracia que nos vivifica. María, no sólo está asociada al amor generoso del Padre eterno en su adopcion, sino que tambien lo está á los crueles tormentos del Hijo eterno en su generacion. Un pueblo nuevo, un pueblo santificado recibe el sér, no sólo del amor del Padre y de los sufrimientos del Hijo, sino tambien de los dolores y del amor de la Madre. Este pueblo afortunado tiene en María una verdadera Madre para la vida; así como el pueblo antiguo, el pueblo corrompido, nacido de la desobediencia de Adan y del orgullo de Eva, tuvo una madre en la persona de Eva, pero una madre para la muerte. Por esta razon las palabras que Dios pronunció contra Eva, Tú parirás en el dolor, son á un tiempo mismo una ley y un misterio, una condenacion y una profecía. Desde este instante los padecimientos

son una condicion inevitable para ser madre, no sólo en el órden de la naturaleza, sino tambien en el de la gracia. La ventaja de tener hijos espirituales, lo mismo que el consuelo de tener hijos terrenos, no puede adquirirse sino á precio del dolor. La cualidad de madre será inseparable de la de mártir (1). Eva, que no se hace madre de los hijos del hombre sino sufriendo en su cuerpo los dolores más agudos, es la figura de María, que para ser Madre de los hijos de Dios sufre en su corazon los tormentos más atroces y más intensos (2).

Entónces fué cuando se cumplió á la letra el prodigio estupendo que el profeta Isaías habia anunciado en los términos pomposos que le sugeria su admiracion: ¿Quién ha visto jamas, quién ha oido referir jamas un acontecimiento tan singular y tan extraordinario? ¡Cómo es posible que un solo dia, un solo parto cubra la tierra, y que todo un pueblo nazca momentáneamente de un solo parto! Sin embargo, así es como Sion ha concebido y dado al mundo sus hijos. Hay más aun: el parto ha precedido á la concepcion, y ántes de cumplirse el tiempo necesario se la ha visto parir un hombre fuerte y robusto (3).

⁽¹⁾ In Christo omnes vivificabuntur. (I Cor., xv, 22.)

⁽²⁾ Erat magno dolore parturiens. (S. Bernard.)

⁽¹⁾ In dolore paries. (Genes., III, 16.)

⁽²⁾ Erat magno dolore parturiens. (S. Bernard.)

⁽³⁾ Quis audivit unquam tale? Et quis vidit huic simile? Nunquid parturiet terra in die una, aut parietur gens simul, quia parturivit et peperit Sion filios suos? Antequam parturiret, peperit; antequam veniret partus ejus, peperit masculum. (Is., LXVI, 7, 8.)

Y bién, ¿cuál es esta misteriosa Sion, que de un solo parto engendra y se hace Madre de un pueblo entero? ¿Cuál es en este pueblo el que nace de repente, á un tiempo mismo, como sin haber sido concebido; que no conoce infancia ni juventud, y que en el instante mismo en que ve la luz aparece en toda la fuerza de la edad viril? ¿Es posible no reconocer á María en esta Sion, ni ver en este pueblo, adulto desde su nacimiento, el pueblo cristiano, la Iglesia, que de repente nació en el Calvario, de Jesucristo y de María, y que, apénas nacida, hizo la conquista del mundo, y dió pruebas de un rigor y de una fuerza invencible en la persona de sus apóstoles y de sus mártires?

¡Tierna y generosa María, hecha fecunda milagrosamente al pié de la cruz! Reconozcamos que, despues de Jesucristo, debemos á Ella nuestro nuevo nacimiento. En el Calvario, donde Jesucristo, su primogénito, tuvo su tumba, nosotros, sus hijos segundos, tenemos la cuna. Donde El muere, nosotros nacemos; pero renacemos por Ella, porque Ella nos concibió allí y nos parió en el dolor, como Jesucristo nos regeneró con su sangre. Los dolores de este parto fueron grandes sin duda, mas el pueblo que Ella parió es innumerable (1).

Debemos deducir de todo esto que la antigua Eva, en lo que dice de ella la Escritura, es el tipo y la verdadera figura de María, así como Adan lo es de Jesucristo; que María es esa Eva misericordiosa para nosotros, porque es esa Eva fiel á Dios, esa Eva santa, esa Eva bendita, esa Eva fecunda por la justicia. Por el nombre mismo, María es la verdadera Eva.

En efecto, el nombre de Eva, en el lenguaje original de los hebreos, significa viviente, vivificante, ó simplemente vida, como traducen los Setenta, haciéndolo derivar de la palabra hebrea havo ó hava, y del imperativo have, que significa vivid ó vivid muchos años. Esta palabra fué adoptada en su integridad y en el mismo sentido por los latinos, entre los que la palabra ave es una salutacion, un deseo de vida y de felicidad.

Este hermoso nombre de Eva ó de viviente ó de madre de los vivientes; este nombre tan grande, tan noble y tan glorioso, fué dado á la primera mujer por Adan, su esposo, despues de la prevaricacion de esta mujer infortunada, y despues que, en castigo de su pecado, habia ella oido de la boca misma de Dios la terrible sentencia que la condenaba, lo mismo que á su esposo y á toda su posteridad, á una muerte inevitable; porque apénas habia acabado el Criador de decir á Adan: Tú eres mortal y tú morirás, cuando volviéndose Adan hácia Eva, le dice: Tú eres la vida (1).

Pero ¡qué extraño contraste se verifica! Exclama San Epifanio. Eva por su pecado acaba de morir, tan-

⁽¹⁾ Erat magno labore parturiens. (S. Bernard.)

^{(1) (}Dixit Deus) pulvis es, et in pulverem reverteris. Et vocavit Adam nomen uxoris suæ, Eva: eo quod mater esset cunctorum viventium. (Genes., III, 19, 20.)

to en el órden corporal como en el órden espiritual; sin embargo, en estas circunstancias es cuando Adan le da el nombre grande de Eva, es decir, de vida ó de viviente. Eva por su pecado acaba de causar una revolucion espantosa en toda la naturaleza; ella ha traido la muerte, no solamente sobre sí, sino tambien sobre su esposo y sobre toda su posteridad (1); por consiguiente, desde este momento nos da á luz para la muerte; y sin embargo, entónces es cuando Adan la llama madre de todos los vivientes. ¿Y no es una cosa muy singular que en el momento en que Dios hace resonar en los oidos de Eva la palabra de muerte, le dirija Adan un saludo, un deseo de vida (2)?

Es indudable, dice el mismo doctor, que al hablar así Adan á la primera Eva, tenia presente á la segunda, es decir, á María. A esta segunda Eva fué á quien él dirigió su saludo solemne, misterioso y profético, llamándola vida y Madre de todos los vivientes. Este nombre sólo se dió á Eva por enigmas y por figura; pero literalmente y en la realidad se dirigió á María (3).

¡Tierno y santo misterio de la misericordia divina, misterio admirable de la divina bondad! ¡Apénas el hombre consuma su pecado, cuando la clemencia divina le previene y le ofrece el remedio y el perdon! Las palabras que anuncian y prometen la vida se mezclan y se confunden con las que amenazan con la muerte. En el instante mismo en que el hombre cae, y atrae sobre sí y su posteridad todos los anatemas, se abre el porvenir á sus ojos y á su esperanza, y en la mujer que está á su lado ve Adan la figura de otra Mujer semejante á la primera por su sexo y su fecundidad, aunque muy diferente por su santidad y su justicia, que dará la vida á los que la primera engendró para la muerte. Esclarecido con una luz divina el prevaricador, enemigo de Dios, se hace un profeta inspirado por Dios. Desde el paraíso terrenal se traslada en espíritu al Calvario. Desde el árbol funesto de la ciencia se vuelven sus miradas hácia el árbol santo de la cruz. Allí ve por una parte al Adan celestial, al Adan inocente y fiel, que se coloca en el lugar del Adan terreno, prevaricador y rebelde, se somete al castigo que éste ha merecido, expía su pecado, se sacrifica y sufre la muerte (1). Por otra parte ve á María asociada á los padecimientos de Jesucristo, y que en El y con El engendra los hijos de la nueva alianza; él ve el número de sus hijos, ve su dignidad y su gloria, admira su santa fecundidad, la anuncia y la proclama. En la persona de Eva, que concibe en el pecado, que pare para el sepulcro, que multiplica sus hijos para poblar el in-

⁽¹⁾ Per peccatum mors. (Rom., v, 12.)

⁽²⁾ Illa (Eva) mater viventium vocata est postquam audivit: Terra es, et in terram reverteris; et mirum est quod post transgressionem hoc magnum cognomen habuit. (S. Epiphan., hæres. 78.)

⁽³⁾ Beata mater Dei Maria per Evam significabatur, quæ per ænigma accepit ut mater viventium vocaretur... Per ænigma mater viventium appelata est. (S. Epiphan., hæres. 78.)

⁽¹⁾ Agnus occisus ab origine mundi. (S. Epiphan., hæres. 78.)